

Buschmann, Rainer F; Slack, Edward R., Jr. y James B. Tueller *Navigating the Spanish Lake: the Pacific in the Iberian World, 1521-1898*. Honolulu: University of Hawaii Press, 2014, xii + 182 pp., ilustr.

Este libro estudia las complejidades del océano Pacífico o «lago español» desde el siglo XVI hasta el XIX. Para ello, los autores emplean dos ejes: el primero son las diferentes maneras en que se puede interpretar el término «lago español»; y el segundo, la manera en que se llevó a cabo lo que ellos llaman la «hispanización archipelágica» de este, empleando miradas «macro» al Pacífico como región, así como miradas culturales «micro» a regiones específicas tales como Filipinas y Guam. En este sentido, si bien las exploraciones europeas en el Pacífico tienen un papel importante, este libro no es propiamente una historia de la navegación, sino más bien una exploración de la historia cultural y social de dicho «lago español».

El texto empieza argumentando que el mundo del Pacífico español no debería ser visto como secundario —o separado— del Atlántico español. El volumen del intercambio cultural y del comercio transpacífico —75% de la plata americana en la modernidad temprana terminaba en China por medio de Manila (5)— hace que ello sea insostenible. Asimismo, enfatiza el papel que tuvieron los virreinos americanos de Nueva España y Perú (sobre todo el primero) en la exploración, la administración y el sostenimiento de las posesiones españolas en las zonas más remotas del «lago español». De esta manera, su intervención en las discusiones más amplias en torno a la naturaleza del Imperio español es que este no debería ser visto como un Imperio transatlántico centralizado cuyas posesiones en el Pacífico no serían más que apéndices, sino como una entidad bioceánica y multicéntrica. Así, se subraya que «la monarquía española se entiende mejor como una federación de virreinos y reinos» (39).

En los dos primeros capítulos, los autores proponen y exploran dos maneras contrapuestas de entender este cuerpo marítimo: el «lago español literal» y el «lago español conceptual». El primero sentido hace referencia a los territorios concretos bajo control imperial español (o mexicano) durante este periodo, es decir, además de las costas americanas del Pacífico, las islas Marianas, el archipiélago filipino y, por momentos, Ternate y Maluku.

A ello habría que sumar, durante el periodo de la unión de las coronas ibéricas, las posesiones portuguesas en Melaka, Formosa, Ceilán, entre otras. Los autores enfatizan que este espacio tiene una historia de relaciones culturales y sociales que ameritan una mirada más allá de un economicismo enfocado en los bienes intercambiados por el galeón de Manila. Junto con la plata, viajaron mexicanos de todas las castas —voluntaria e involuntariamente—, quienes tuvieron un papel clave en la mexicanización o hispanización de las Filipinas; y junto con los productos asiáticos —entre los cuales había numerosa parafernalia católica *made in China*—, viajaron filipinos nativos, chinos y mestizos de ambos grupos, quienes también influyeron en la conformación de la cultura del virreinato de Nueva España.

Pero es el segundo sentido del término, que incursiona en el campo de la historia de las ideas, el que quizá resulta más sugerente. «El lago español conceptual» sería la manera en que los funcionarios españoles buscaron entender y defender este gran espacio marítimo ubicado entre América y Asia. Primero vemos los intentos de encontrar un hipotético «continente austral» al sur del Sudeste Asiático para que sirviera de ancla —junto con México y Perú— que demarcara el Pacífico e hiciera de este un *mare clausum*. Los autores muestran cómo, después de que numerosas expediciones realizadas por los virreinos de Nueva España y Perú descubrieran un gran número de islas en el Pacífico mas no el mítico continente austral, los geógrafos españoles conceptualizaron el Pacífico y sus islas más bien como una extensión de las posesiones americanas y no como un «continente» aparte. Esta manera de entender este espacio se volvió la piedra de toque de la defensa legal de este ante las incursiones inglesas y francesas en el siglo XVIII. Mientras que estos alegaban que tenían derecho a explorar —y colonizar— el nuevo mundo de la Oceanía, aquellos rechazaban completamente tal noción de novedad y defendían su primacía sobre dichas islas «americanas» por haberlas descubierto en los siglos XVI y XVII. Tras la pérdida del Imperio español continental a inicios del siglo XIX, sin embargo, los geógrafos y burócratas españoles pasaron por otro cambio de paradigma y acogieron el concepto de *Micronesia* para sostener sus derechos sobre las islas Marianas e incluso expandirse preventivamente sobre las Carolinas y Palau.

Los últimos dos capítulos del libro se enfocan en casos de lo que llaman *hispanización archipelágica*: una confluencia única de culturas nativas, españolas, mexicanas, chinas y otras en territorios como Filipinas y Guam, resultante de la colonización «española» o, tal como señalan los autores, mexicana. En este sentido, se puede ver en acción la idea de que «económicamente, políticamente y culturalmente [Nueva España] se comportaba como una metrópoli» (5). Pero pese a que el esquema de conquista y colonización se importó desde América (como los conceptos del requerimiento o la república de indios), las realidades de la distancia y la limitada cantidad de españoles los obligó a hacer más concesiones. Las élites locales tuvieron más poder que en América, y la población nativa en general fue menos afectada por la experiencia de la conquista. Asimismo, los españoles tuvieron que tolerar oficialmente la condición no cristiana de las ingentes cantidades de inmigrantes chinos que actuaban como colonizadores, si bien ofrecían incentivos para quienes se convirtieran al catolicismo. El caso de los *mestizos de sangleyes*, los hijos de los matrimonios entre hombres chinos inmigrantes y mujeres nativas, es particularmente interesante por sus contrastes con el paradigma originalmente traído desde las posesiones americanas, por lo que el libro incluye un capítulo en que se estudia el caso particular de un regimiento de dicho grupo étnico en el siglo XVIII.

Entender los virreinos americanos como polos de un Imperio español multicéntrico capaces de emprender sus propias campañas imperialistas podría ser una idea productiva para nuestra academia. Así, complicaríamos la narrativa no solo con enfoques sobre cómo grupos locales —criollos, mestizos, mulatos, entre otros— desafiaron la hegemonía peninsular de diferentes maneras, sino que los incorporaríamos como agentes de sus propios proyectos imperiales de ultramar. Desde ya, en las páginas de este texto se translucen instancias de exploraciones por parte del virreinato del Perú en el «lago español» (11-12, 33-34, 47 y 49), incluyendo la breve colonización de Tahití en la década de 1770 (54). De este modo, ubicaríamos a espacios como Perú en el centro de un Imperio bioceánico en lugar de en el remoto extremo de uno transatlántico. Este enfoque, además, nos permitiría añadir un eslabón más a nuestra conceptualización

de las prácticas de conquista y mestizaje que, empezando en las Islas Canarias, no terminarían en los Andes, sino que, desde esta zona, se lanzarían hacia lo que hoy llamamos Oceanía. Tal como lo plantean sus autores, *Navigating the Spanish lake* busca ser un «nuevo puerto desde donde podrían iniciarse nuevas expediciones de investigación en este tema» (16). El Pacífico es enorme, y queda todavía mucho por explorar ahí.

Jorge Bayona
Universidad de Washington

Gänger, Stefanie. *Relics of the Past: The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911.* Oxford: Oxford University Press, 2014, 311 pp., ilust.

Este libro es una prehistoria de la arqueología peruana y chilena. Más que discutir si se debe considerar a Max Uhle o Julio C. Tello como el «padre» de la arqueología regional, Gänger formula una pregunta diferente: ¿Cuáles son las tradiciones de conocimiento y cultura que reivindicamos —o rechazamos— como los fundamentos «antiguos» de nuestros estudios «modernos»? Para responderla, Gänger confiere a los anticuarios y autodidactas peruanos y chilenos del siglo XIX el reconocimiento intelectual que merecen. Al desplazar nuestra atención más allá de los más conocidos «predecesores» como Mariano Eduardo de Rivero y Ustariz, el primer director del Museo Nacional del Perú, Gänger recrea la élite de terratenientes, clérigos, cirujanos, ingenieros, militares y miembros de la burguesía urbana, predominantemente criollos, que se mostraban mutuamente sus objetos, supuestamente incaicos y araucanos, y debatían sobre su significado. Este enfoque evita abordar las trilladas cuestiones de prioridad metodológica discutidas a lo largo de la historia de la arqueología científica, así como recurrir al elenco habitual de investigadores europeos y norteamericanos cuyos hábitos de imperialismo cultural han sido bastante estudiados. En cambio, Gänger explora los múltiples estilos